

**HISTORIA DE UN SER AFORTUNADO  
QUE NUNCA HABÍA SENTIDO DOLOR**  
Miguel Ángel Hernández

*Exhibition Catalog: Javier Pérez, Carré d'Art, Nîmes / ARTIUM, Vitoria, Spain 2003*

*«¿No podría imaginar que yo  
tuviera tremendos dolores y me  
convirtiera, mientras persisten,  
en una piedra? (...)  
Sólo de lo que se comporta como  
un ser humano se puede decir  
que tiene dolor»  
—Ludwig WITTGENSTEIN*

*«Quien llegase, por una imaginación  
desbordante de piedad, a  
registrar todos los sufrimientos, a  
ser contemporáneo de todas las  
penas y de todas las angustias de  
un instante cualquiera, ése –  
suponiendo que tal ser pudiera  
existir– sería un monstruo de  
amor y la mayor víctima de la  
historia del sufrimiento»  
—E. M. CIORAN*

I

Un ser afortunado ha fenecido. Se ha roto en mil pedazos, y ahora ya nada volverá a ser como antes. Un ser afortunado que nunca había sufrido, que no sabía lo que era el dolor; porque nunca lo había sentido; porque nada, jamás, le había dolido; porque, ante rasguños, heridas, pinchazos, adversidades, penurias o catástrofes, su cuerpo –como su mente– siempre había parecido insensible.

Insensible ante cualquier agresión.

Nunca, hasta este momento, piensas ahora al mirarte al espejo, habías escuchado tanto ruido, jamás ese estruendo ensordecedor que no cesa y que sientes como una batalla, como una batalla descomunal que produce un estrépito implacable, una pugna desmesurada, en el interior de tu cabeza, golpeándola por dentro una y otra vez.

Nunca nada te había dolido, y ahora todo te duele. Y, como nunca nada te había dolido y ahora todo te duele, no puedes establecer un criterio de dolor, ni saber, por tanto, qué cosas duelen con mayor intensidad que otras, por cuáles has de sufrir más. Lo único que crees saber con certeza es que nunca nada te había dolido y que ahora todo te duele. Todo el dolor del mundo, el que deberías haber sentido a lo largo de tu vida, te ha sobrevenido de pronto. Tanto que no crees que puedas soportarlo durante mucho tiempo.

Estás conmocionado, con todo el cuerpo ensangrentado, y cientos de cristales rotos a tu alrededor, como si el universo entero hubiese explotado y caído junto a ti, como si todo se hubiese tornado ruina, vestigio, despojo... lo que sientes ser ahora. Tu universo, tu cielo, el mundo del ser afortunado, se ha desvanecido. Y lo peor es que sabes el por qué de todo lo sucedido. Sabes que hay una razón, una sola razón: tú y tus malditas pruebas, tú y tus malditas inquietudes, que han desbaratado el firmamento.

Amnesia. Es lo único que pides, lo que te hubiera gustado que la conmoción te hubiera provocado; para que se borrasen todos los recuerdos y no sentir, como sientes ahora, nostalgia de lo que fuiste, de lo que fuiste antes de haberte convertido en lo que eres.

Nostalgia de lo que fui; pero ¿acaso alguna vez lo supe?, te preguntas. No es que no lo recuerdes, ocurre que, simplemente, nunca pudiste llegar a saberlo. Y ha sido precisamente el ansia, el capricho por saberlo, lo que te ha llevado a ser lo que eres, a vivir eternamente entre despojos, mentiras y ficciones, a ocultarte tras un cedazo opaco, a sufrir por todos con una fuerza mayor de la que jamás pudiste haber imaginado.

Y ahora no puedes sino decirte:

Lo que soy. Lo odio.

Lo que fui. Tanto lo anhelo.

Y, anhelando lo que fuiste, intentas recordar, una y otra vez. Pero lo único que recuerdas es que nunca sentiste dolor; nunca hasta ahora; nunca, que recuerdes. Haces memoria para buscar algún momento, algún segundo de dolor, de sufrimiento, pero no eres capaz de encontrar nada. Pasan por tu mente infinidad de destellos, pero en ninguno de ellos aparece el dolor. Y entonces no tienes más remedio que construir una historia. Tu historia. La que crees que es tu historia, la historia de un ser afortunado que nunca había sentido dolor. Una historia

que, con toda seguridad, hoy ha llegado a su fin. Y, mirándote al espejo, sin poder hablar, porque no puedes hacerlo, te haces eco de las palabras de Rimbaud, y pronuncias, para ti, sin poder hablar, porque no puedes hacerlo, por primera vez en tu vida, *«je est un autre»*.

Mientras, dentro de ti, el estruendo va creciendo, un rugido que te devora por instantes, a la par que se te escapa el tiempo. Y, para intentar asirlo, para detener su fuga, te cuentas una y otra vez, en silencio, porque no puedes hablar, porque no puedes hacerlo, la misma historia, una y otra vez, sin cesar, para ti, en silencio: *la historia del ser afortunado que nunca había sentido dolor*.

## II

Nunca has sentido dolor por nada. Nada jamás te ha dolido. Nada propio ni tampoco ajeno. Tienes veinticinco años y nunca has sentido dolor por nada. Y eso ha sido así desde tu nacimiento, cuando todos te creyeron muerto porque no reaccionabas a los azotes que te propinaban los médicos de guardia.

Por tu extraña condición, has pasado la mayor parte de tu vida entre hospitales, de observación en observación, durante mucho tiempo, años y años, observando, tú también –pero de otro modo–, cómo los grupos de médicos se han ido sucediendo, uno tras otro, para examinar las características de tu organismo, que ha seguido, desde el día de tu nacimiento, sin reaccionar ante ningún tipo de agresión externa, sin que en él se produzca dolor alguno. Mas, a pesar de esta peregrinación, los médicos jamás han podido encontrar nada extraño en tu organismo, en tu piel o en tu sistema sanguíneo. Nada en absoluto.

Aparentemente, todo es *perfecto*. Tu piel es *perfectamente* sensible, y responde, también *perfectamente*, a todas las pruebas de sensibilidad, a los pequeños martilleos en rodillas y codos, a las pequeñas rascaduras en la planta del pie... Todo es normal. Todo; salvo lo que tiene que ver con el dolor. Para el dolor es insensible.

Insensible ante cualquier agresión.

Sin embargo, paradójicamente, frente a esa aparente insensibilidad al dolor, reaccionas con una especial intensidad ante todo lo relacionado con la ternura. Respondes a la ternura incluso con mayor sensibilidad que el resto de los mortales. Pero no al dolor. Para el dolor eres insensible. Frente a él, tu piel parece endurecerse, volverse opaca, curtida, como de acero, si bien no es exactamente eso lo que sientes. Es difícil de explicar: no sientes nada; ni piel opaca, ni piel dura, ni piel blanda. Es mucho más complejo que eso: no sientes nada. No es tu piel la que no siente. Es un sentir nada, que es algo así como un no-sentir, como si en ti se produjese una suspensión de los sentidos, como si todo en ti quedase hipostasiado.

Cuando intentan causarte dolor, se suspenden tus sentidos, se anulan. Y sientes entonces algo extraño. En el momento en que te sientes agredido, dejas de escuchar el sonido del mundo. Parece que, como con los sentidos, se produce también una suspensión del sonido. No escuchas nada. Donde debía haber dolor, en ti hay silencio, como si se tratase de una somatización del daño que debieras sentir. Pero es un silencio contradictorio. No llega a ser exactamente silencio. Se suspende el silencio del mundo. Todo para. Sin embargo tú escuchas una vibración leve, apenas perceptible –posiblemente imperceptible para el resto de los humanos–, un infrasonido que, con el paso de los años, has logrado identificar como un «la», como un «la» de cristal.

El silencio que escuchas cuando debiera haber dolor se parece mucho al silencio que pueda haber en el interior de una campana de cristal. Un silencio que te envuelve. Sí, esa puede ser la metáfora que lo describa. Te sientes de cristal. Cuando te punzan en el brazo, sientes como si todo se parase, como si fueses de cristal y todo estuviese concentrado dentro de ti, como si tu brazo fuese de cristal y todo el universo a tu alrededor también lo fuese. Es entonces cuando sientes el silencio. Ése silencio cristalino, el silencio de un universo de cristal.

Dentro de ti.

Aunque no sientes dolor, sangras como cualquiera, y tu organismo posee las mismas defensas que el de una persona normal, por lo que no es extraño que hayas sufrido varias enfermedades. Lo único extraño es que no sientes dolor ante nada de eso. Y eso, precisamente eso y no otra cosa, fue lo que desconcertó a los médicos, que, al final, no pudieron hallar ninguna respuesta satisfactoria, tan sólo deducir que se trataba de una patología psicósomática. Te dijeron: insensibilidad transitoria de carácter psicósomático. O lo que es lo mismo: que, bajo ciertas circunstancias de aparente peligro físico, tu mente tiene la capacidad de desarrollar, como si se tratase de un mecanismo de autodefensa, un comportamiento extremadamente complejo que hasta el momento no se ha advertido en ningún otro ser humano.

Por tanto:  
Insensibilidad transitoria.  
Ante el dolor.  
Insensibilidad ante el dolor.

Pero si sólo fuese ante el dolor físico. Si sólo hubiera sido eso, quizá, de algún modo, podría haber llegado a ser comprensible. Tampoco, desde el día en que naciste, has sufrido por nada. En tu memoria no encuentras ni un atisbo de tristeza o melancolía, ni siquiera puedes recordar un solo momento de nostalgia. Nunca has sentido nada de eso, ni mucho menos odio, ira, envidia... nunca. El día en que perdiste el primer amigo, las personas que no has vuelto a ver, la muerte de seres queridos, la pobreza, la indigencia; has padecido, como cualquier persona –posiblemente más aún–, toda esa serie de “desgracias comunes”, y nada, nada de ello te ha causado dolor, ni sufrimiento, ni ira, ni odio, ni nada que se parezca siquiera remotamente a lo que la gente describe como dolor, sufrimiento, ira u odio, y que tú sólo conoces por referencias. Si tus sentidos no sienten, tampoco tu sentimiento parece hacerlo cuando se trata de soportar dolor. Se podría decir, como lo ha hecho la mayoría de las personas que han oído hablar de ti, que eres un ser frío, insensible ante el sufrimiento. Y, del mismo modo que los médicos te diagnosticaron una insensibilidad física transitoria, las personas que han oído hablar de ti, realizan conjeturas respecto a tus sentimientos. Tú sabes que no es así, que todos están equivocados. Pero comprendes su postura. Y lo comprendes sobre todo a raíz de lo que ha sucedido no hace tantas horas, esta misma tarde:

Tus padres.

Apenas habían cumplido los cincuenta años.  
Su coche no ha podido frenar a tiempo.  
Sus cuerpos tampoco.

Tus padres. Lo único que has tenido en este mundo. Han muerto y tú no has conseguido derramar una sola lágrima. No lo has conseguido porque tampoco jamás has llorado por dolor. Sí lo has hecho, en cambio, de alegría, además muchas veces. Pero hoy no has conseguido llorar. Tus padres han muerto y tú no has sufrido por ello.

Realmente no sabes qué se debe sentir por la muerte de alguien cercano. A ti, siempre, y, como siempre, también en este momento, sólo te produce indiferencia, algo que, al parecer, no es lo normal, o lo justo: que se ha de perder algo de uno mismo cuando un ser cercano deja la vida. Y, sin embargo, nada de eso te ocurre.

Se podría aducir a esta impasibilidad, como muchos hacen, que lo que, en realidad, sucede contigo es que jamás has amado a nadie. Por eso jamás has sufrido por los demás, ni por su pérdida, porque eres un ser frío, impenetrable y desgraciado, nihilista, al que todo causa indiferencia. Sin embargo, puedes asegurar que ése no es tu caso. A pesar de lo que pueda pensar la mayoría de la gente que te ha conocido –y los que te conocen de cerca lo podrían asegurar–, eres capaz de amar hasta la extenuación. Paralelamente a la facultad –virtud o desgracia, nunca has sabido cómo calificarlo, simplemente capacidad– de no sentir dolor, has desarrollado, también, una extraordinaria excesiva para los demás. La gente a veces no es capaz de resistir un amor desmesurado. El tuyo es infinito; tanto que sólo tú puedes soportarlo. Un amar infinito, hasta una extenuación que nunca tendrá lugar, un amor que nunca has visto en ningún ser humano, en el que nada duele cuando se pierde a quien se ama porque el propio amor es tan desmesurado que consigue anular cualquier sentimiento de pérdida.

Amas y no sufres. Sientes, y nada te causa dolor. Ésas son las bases de tu extraña condición. ¿Un ser afortunado?, te preguntas. Probablemente; no sabes si contestarte. Un ser afortunado al que nada le atormenta, porque el tormento es fruto del sufrimiento, y sin sufrimiento no es posible experimentar tormento.

Probablemente. Un ser afortunado, no lo niegas. Pero la muerte de tus padres, de la que ahora, en este preciso momento, te enteras, y por la que ahora, en este preciso momento, no sufres, causa en ti una inquietud que nunca antes habías sentido, y comienzas a plantearte una serie de interrogantes que antes no habías tenido la mayor importancia para ti. Unas cuestiones que, por momentos, te inquietan, y cuya resolución se hace, una y otra vez, más acuciante.

Si no has sentido dolor por la muerte de tus padres, piensas, nada, sin duda, te causará sufrimiento. ¿Nada? ¿Sin duda? ¿Hay acaso un límite? Te asalta esta pregunta. Quieres responderla. Una y otra vez. Y no sabes cómo hacerlo.

Piensas, entonces, en buscar ese límite, para encontrarlo – si existe–, el límite de tu extraña condición para intentar saber si hay alguna frontera a tu amor, para saber hasta dónde puedes amar, y, sobre todo, hasta dónde puedes no sufrir, dónde se encuentra la cima de tu no-dolor, si es que, en verdad, existe alguna cima.

Está claro que no es posible seguir viviendo con esta incógnita. Así que te decides a hacerlo, a explorarte, para conocerte, para poder saberte infinito o concluso. Explorar los límites de mi condición para poder conocerme, te dices. Y sólo encuentras una manera de hacerlo, de ponerte a prueba: hacer daño, matar si hiciese falta, a la persona a quien más amas, para poder experimentar el dolor de su pérdida, o, incluso, si posible, aquello que la gente llama remordimiento.

Culpable. Sentirte culpable. Es lo único que buscas.

No cavilas mucho tiempo. Después de tus padres, es tu hermano la persona a quien más amas. Pero cuando comienzas a golpearle no sientes nada extraño. Ningún sentimiento de culpa se te pasa por la mente. Simplemente lo apaleas durante un buen rato; y no sientes nada. Piensas que no sientes nada porque estas convencido de que, *en el fondo*, él no corre ningún riesgo, porque, *en el fondo*, sólo se trata de una prueba. Entonces, comienzas a pensar en qué pasaría si lo matases realmente. Quieres ponerlo en peligro real. Lo amas tanto que si puedes sufrir de algún modo, sentirás, sin duda, su peligro de muerte. Pero no es así. Y tanto peligro corre que, al golpearlo con una vara de hierro en la cabeza, cae inconsciente al suelo.

Es la prueba definitiva. Lo observas sin respiración, en el suelo, cubierto de sangre. Pero sigues sin sentir nada, sin sentir ningún dolor por él, mientras ya se te han hinchado los golpes en los ojos que te ha propinado durante la pelea, y que, por una pizca de vida, que está en tus manos. Como también en tus manos sigue el garrote de hierro. Y en tu cabeza la idea de lo que podría ocurrir si lo rematas ahora en el suelo. Realmente, te gustaría apiadarte de él en este momento. No por él, sino porque, de ser así, por primera vez sentirías piedad. Pero no es así; la piedad sólo es posible sentirla tras haber sentido alguna vez dolor. No es posible compadecerse sin haber sufrido previamente.

Y ahora no tienes ningún remordimiento: tu amor por él ha anulado lo que pudiera haber sido tu piedad. Tu hermano ha muerto y tú no has hallado ningún tipo de límite.

Quizá la prueba, piensas, ha sido definitiva. Tu amor *probablemente* no tiene límites, ni tampoco tu insensibilidad ante cualquier tipo de sufrimiento, propio o ajeno. Pero, vivir para siempre con ese "probablemente", con esa incertidumbre; no estas dispuesto a eso. Por eso sigues pensando, buscando soluciones. Y llegas entonces a una que no habías pensado. A una conclusión a la que deberías haber llegado hace muchísimo tiempo, que te hubiese evitado el sacrificio de tu hermano. Más que a tus padres, que a tu hermano; hay alguien al que amas por encima de todas las cosas, con un amor ilimitado: Tú.

Tú eres, sin duda, la persona a quién más amas. Una pena no haberlo advertido con anterioridad. No lo habías pensado nunca. Es posible que estés tan lleno de amor que el dolor no tenga cabida en ti. No lo sabes. Ahora, en este momento, tras descubrir que eres el foco más importante de tu amor, sólo quieres experimentar. Experimentar, explorarte. ¿Te amarás tanto como para no destruirte, o quizá tu insensibilidad al dolor sea capaz de evitarlo? ¿Puede acaso más tu amor que tu *nodolor*?

No puedes seguir con esos interrogantes. Debes buscar. ¿Cómo hacerlo? De nuevo la cuestión. Sólo encuentras un método. Un método clásico que, por supuesto, no inventas. Quieres sufrir. Al menos quieres saber si puedes hacerlo. Y te dices:

Causarme todo el daño que sea posible para intentar encontrar algún punto de dolor. Intentar sufrir todo lo que pueda, si acaso es posible.

Inicias tu búsqueda.

Nadie te puede molestar. Necesitas silencio. Silencio y tiempo. Has oído que entre sombras aparece antes el dolor. Por eso te encierras en una habitación en penumbra, en una habitación blanca, iluminada tan sólo por una bombilla. Una habitación en penumbra. Una habitación gris. Cerrada: casi sin aire; el justo para respirar. No quieres nada a tu lado, tan sólo lo esencial para causarte dolor: un cuchillo, un espejo, y un reloj —¿serán tus límites temporales?—. No quieres tampoco ritualizar en exceso. Te despojas de cualquier vestimenta. No hay razón para vestir de blanco. No estás dispuesto a fingir.

Has observado cómo otros se causaron dolor, y tomas algo de su ejemplo. Y, así, comienzas primero por el antebrazo, con el cuchillo, lentamente: un corte profundo, seco. Y nada duele. Más profundo. Sigue sin doler. Parece claro que el límite no se encuentra en el antebrazo, aunque probablemente has cortado una arteria, porque comienzas a sangrar a borbotones. Pero sigue sin doler. Pruebas con el brazo izquierdo, pero los resultados son idénticos. El dolor se ha ausentado. Tomas entonces medidas más drásticas. Las uñas. Has oído que son un punto fuerte del dolor humano. Miras al reloj, para saber el tiempo que llevas en la habitación, que, por lo que puedes ver, no es superior a media hora. Para ti ha sido eterno. Constatas que no te vale el tiempo que marcan los relojes. Tu temporalidad es completamente distinta. Por eso rompes la esfera del reloj y le quitas las agujas. Y los minutos entran bajo tus uñas, una y otra vez. Luego los segundos, más delgados y con posibilidad de causar un mayor dolor. Un dolor que sigues sin sentir. La expresión “el tiempo en tus manos” se hace literal, pero no te causa dolor. Así que pruebas a arrancarte las uñas, una a una. Lo haces con la boca, mordiéndolas, partiéndolas, reblandeciéndolas hasta que te las consigues arrancar. Y no sientes dolor. El dedo pulgar, piensas, dicen que duele más que los demás. El cuchillo, que has desechado del antebrazo, lo coges de nuevo. Lo acercas al pulgar y comienzas a cortarlo lentamente, para intentar sentir cómo la sierra atraviesa la piel, los tendones y el hueso. Pero no puedes sentir nada. Nada te duele.

Paras un momento.

Estás cubierto de sangre, con las uñas de la mano izquierda arrancadas y el pulgar de la derecha en el suelo, junto al cuchillo. La habitación sigue en penumbra y tú sin sentir nada. Durante todo el tiempo en que te has estado agrediendo, el silencio se ha hecho cada vez mayor, y cada vez más cristalino, o como quiera que sea ese silencio que escuchas cuando no sientes dolor. No sientes dolor; sólo silencio, cristalino. Cristal, vidrio, piensas, como la esfera del reloj, lo que queda del tiempo que ha entrado a la habitación, y que ahora no tienes la menor idea del que es. Estás en la habitación con la bombilla encendida, apenas sin aire, y también sin tiempo, porque te has clavado las agujas del reloj en la piel. Ya no te sirve el tiempo. O quizá sí. Golpeas contra el suelo la esfera de cristal hasta que la logras romper en añicos. La exploración debe continuar. Y los trozos de cristal que resultan los introduces en tu boca. Y también en tus oídos. Intentas incrustarlos en la lengua, y en los tímpanos. Pero nada te duele.

Nada te duele y ni siquiera sufres por ti, por cómo ha quedado tu cuerpo, mutilado. Realmente no sabes el tiempo que ha durado este baño de sangre, este dolor que para ti no lo ha sido. Todo ese tiempo sólo has oído silencio, cristalino, un tremendo silencio, inmenso, y has sentido una temporalidad extraña.

El último intento por causarte dolor es arrancarte la piel, la piel de la cara. Con el cuchillo. Marcas la superficie, desde la línea del cabello hasta debajo de la barbilla. Y, ayudándote con el cuchillo, puedes arrancártela casi toda. Pero, como siempre, no logras sentir dolor alguno.

Fracasa tu búsqueda.

La das por terminada. En ningún momento has tenido piedad de ti, ni has sufrido, ni te has producido dolor. Sólo resta la muerte.

La muerte siempre es el límite, o, al menos, eso esperas.

Buscas el cuchillo. Es difícil verlo entre tanta sangre. Está en el suelo, junto a la piel de tu cara, o lo que queda de ella. Antes de coger el cuchillo para clavarlo en tu corazón, quieres tener sobre tus manos, mutiladas, el rostro que te has seccionado, contemplarlo una vez más antes de consumir la prueba definitiva. La coges. Y, sin saber exactamente la razón, te la llevas a la cara, a colocarla sobre lo que, durante toda tu vida, ha sido su ubicación habitual.

Limpias como puedes el espejo. Y te miras. Y te ves: mutilado, desangrado, y con la piel de tu cara en las manos que se acercan poco a poco a tu cabeza. Intentas morir con un rostro, o con algo que se le parezca. Pero al colocar de nuevo la piel en tu cara, ocurre algo tremendamente monstruoso. Sientes una tremenda explosión interior, y todo, absolutamente todo, comienza a dolerte, hasta el punto de que el alarido de dolor que,

por primera vez en tu vida, profieres es tan agudo que destroza tu garganta. Es una fuerza que sale hacia el exterior, por todos los poros de la piel, y que revienta tus tímpanos.

Se apaga el silencio y se enciende el dolor.

Al mirarte al espejo, al verte con tu rostro como máscara, al verte desde fuera, o desde dentro, como si fueses dos al mismo tiempo; cuando te ves como otro... todo comienza a dolerte. El sentimiento de culpa, el remordimiento... todo comienza a apoderarse de ti. De tu cuerpo el dolor, de tu mente el sufrimiento. Sientes tormento, odio, ira, todo lo que nunca has sentido; y lo que te han contado nada tiene que ver con la realidad. La realidad es mucho más cruel que su representación. El tiempo pasa rápidamente. Tiras tu rostro al suelo, intentando volver a un estado anterior, pero ya no es posible. Una vez que te has visto como otro, ya no es posible volver atrás. No puedes resistirlo, el dolor, el tormento, el ruido, el estruendo, no puedes soportarlo. Estás en el suelo retorciéndote de dolor. Te orinas encima del dolor, defecas, una y otra vez, de dolor; y también de miedo, porque, también por primera vez, ahora sientes miedo, un miedo inmenso de no poder volver a ser como antes. Todo te duele tanto; nunca podrías haber imaginado que fuera así. En un momento parece que se ha acumulado el dolor que no has sentido durante toda tu vida.

Comienzas ahora a llorar, de dolor, pero también de rabia, y, sobre todo, de desolación, por la muerte de tus padres, por la pérdida de tus seres queridos. El remordimiento y la culpa por la muerte de tu hermano te corroe incluso con más intensidad que el dolor físico. No lo puedes aguantar, parece que todo va a explotar. Quieres volver atrás, que nada de esto haya sucedido, pero no puedes. El ser afortunado ha fenecido, se ha roto en mil pedazos, y ahora ya nada volverá a ser como antes.

En un intento desesperado por intentar recuperar el silencio que sentías cuando no sentías dolor, coges de nuevo el cuchillo. Piensas que si dejas de oír el estruendo dejarás de sentir dolor, volverás a tu estado anterior. Perforas con el cuchillo tus tímpanos, y ahora el dolor sí que es realmente intenso, tanto que te hace caer al suelo. Tus tímpanos sangran, pero, sin embargo, no dejas de oír. El estruendo que te atormenta, lo que creías que era el sonido del mundo, no está en el exterior, parece enconado dentro de ti, imposible de extraer. Intentas gritar y no puedes. No oyes nada del exterior, pero un sonido tremendo te desgarrar. Miles de cristales, rompiéndose una y otra vez, como si todo el cielo, si todo el universo, estuviera explotando dentro de ti. La suave vibración cristalina se ha convertido en estruendo macabro y parece que vayas a explotar. El cielo, que durante toda tu vida había permanecido hispostasiado, explota dentro de ti. Y lo hace una y otra vez, sin cesar.

Coges el cuchillo. Te lo llevas de nuevo al corazón. Pero ahora tienes miedo, demasiado miedo. Lo acercas. Buscas la única salida. Pero piensas en la muerte. Ya no sabes si es el límite.

Tienes miedo, demasiado miedo. Y te vuelves a decir:

Lo que soy. Lo odio.

Lo que fui. Tanto lo anhelo.

Y, anhelando lo que fuiste, intentas recordar, una y otra vez... la historia de un ser afortunado que nunca había sentido dolor. Una historia que, de nuevo, comienza, pero de la que ya sabes el final. Una historia que te repites una y otra vez, frente al espejo, en silencio tú, pero con estruendo el mundo dentro de ti. Y sientes, cada vez que la historia llega a su fin para de nuevo repetirse, que el título está equivocado, que el ser ya nunca más será afortunado, que, si de algún modo hay que titular la historia, ha de ser, sin duda, "historia de un ser desgraciado que supo que hubo un tiempo en que no sintió dolor".

Un ser desgraciado, te dices. Lo que eres.

Sufres tanto. Y sin embargo, sólo sucede que has encontrado tu humanidad. Lo humano, siempre lo humano, trastocando el lógico acontecer del tiempo. Mas la historia se repite, una y otra vez, sin cesar, eternamente.

Y así seguirá, incluso, cuando tú ya no la puedas recordar.

\* \* \*

Despiertas. No eres el hombre de la historia. Todo ha sido un sueño, una pesadilla. Un sueño largo, eterno para ti, aunque, al mirar al reloj, constatas que sólo han pasado diez minutos. Ya sabes cómo son los sueños, cuál es su estrategia temporal. Un sueño largo sólo lo es en la medida de su intensidad. Y este ha sido

un sueño realmente intenso: un sueño largo, tanto que te cuesta un poco volver a la normalidad, y tienes que situarte.

Estas sentado —has dormido sentado—, rodeado de libros. Hay al menos tres de Cioran, dos Thomas Bernhard, dos de Jacques Lacan, uno de Wittgenstein, otro de T. S. Eliot y, junto a todos ellos, una monumental edición de *La divina comedia*. Comprendes que sobre tu mesa estén obras de Cioran, Bernhard, Lacan, Wittgenstein e incluso Eliot. Son autores muy queridos por ti. Pero ¿Dante? Siempre se te ha resistido.

Ya. Ahora. Por fin te sitúas. Estás escribiendo un texto para el catálogo de una exposición, y llevas dos noches buscando a lo largo de *La divina comedia* un fragmento que no encuentras. Un fragmento fantasma que, de encontrarlo, sería la clave de tu escrito. Supuestamente debes encontrarlo en *El infierno*, pero lo has buscado una y otra vez, y no has encontrado nada. Es un pasaje cuyo argumento escuchaste hace unos días a un sacerdote, en el entierro de un pariente próximo. Se trata de la condena que, en el infierno de Dante, sufren los impíos. Según el sacerdote, en este pasaje se podría leer que los impíos son condenados a llorar eternamente, pero sus lágrimas, al intentar aflorar a la superficie, se encuentran con una barrera de cristal en los ojos que hace que vuelvan a caer al corazón, del que habían salido, entristeciéndolo aún más. Condenados a ahogarse eternamente en su propio sufrimiento.

Es un pasaje realmente impresionante. Pero lo has buscado varias veces y no lo encuentras por ningún lado. Incluso has llamado al sacerdote, pero lo único que te ha dicho es que él lo leyó en alguna parte, y tampoco recuerda dónde. Así que, cansado de buscar, has decidido usarlo. Sea o no de Dante, el pasaje es tremendamente bello. No crees que nadie vaya a tomarse la molestia de buscarlo.

Miras al ordenador, que está junto a los libros, encendido, con un zumbido que probablemente se te haya metido en el sueño, y en la pantalla puedes leer lo que has escrito antes del sueño largo, utilizando el pasaje del pseudoDante:

Hay un pasaje en la *Divina Comedia* que comenta mejor que cualquier otra cosa la obra de Javier Pérez. En el infierno, los impíos son condenados a llorar eternamente. Pero sus lágrimas, al intentar aflorar a la superficie, tropiezan con una barrera de cristal establecida en los ojos, y, de ese modo, vuelven a caer al corazón, de donde han salido, entristeciendo al condenado cada vez más, eternamente. Una condena realmente terrible.

«En la obra de Javier Pérez ocurre algo semejante, pero, si cabe, aún más doloroso. El hombre está condenado a llorar eternamente, y sus lágrimas, al intentar salir, se encuentran con una barrera de cristal que las devuelve, de nuevo, al corazón. Pero, al llegar al corazón, las lágrimas se solidifican, se vuelven de cristal, y, al volver a intentar salir de los ojos, chocan, una y otra vez, con la superficie cristalina que les sirve de barrera, produciendo una sonoridad que se escucha eternamente, una armonía tanto más bella cuanto más tremendo el sufrimiento.»

“Un dolor eterno, fruto de una débil barrera que podría romperse en cualquier momento. Pero que nunca lo hace. En su sutileza está implícita su crueldad. Y en ésta su belleza”.

Es lo único que has escrito. Dudas que puedas escribir algo más. No sabes exactamente cuál es la razón, pero toda la producción de Javier Pérez te causa un terrible dolor. La belleza de sus piezas contrasta con la extrema crueldad con que son tratados sus personajes, atrapados para siempre en el quiasmo de la historia, presos de su propio devenir, condenados a un tiempo que, más que nunca, pende de un hilo sutil, aparentemente débil pero inquebrantable, que sigue eternamente su ritmo. Y esto, la sutileza de la prisión de la que uno creería posible escapar en cualquier momento, hace mucho más terrible, si esto es posible, cualquier condena.

No. Definitivamente no seguirás escribiendo. Vuelves a mirar el texto de la pantalla del ordenador. Ha perdido toda su fuerza, toda la fuerza que tenía antes del sueño, del sueño largo en el que, ahora lo comprendes, se han ido mezclando muchas obras de Javier, mucho de lo que querías escribir. Y, ahora, piensas que quizá ése sea el mejor camino. Escribir tu sueño largo.

Y comienzas a hacerlo. Lo escribes tal y como lo has soñado, dividiéndolo en dos partes, incidiendo en el flash back del principio que al final se repite. Lo escribes en segunda persona. No sabes por qué, pero en los sueños te ves claramente desde el exterior, compruebas, más que nunca, lo que significa alteridad, sintiendo desde dentro lo que sucede desde fuera. Lo escribes todo, en segunda persona. Todo el sueño, pero también lo posterior: el despertar, el texto de la *Divina Comedia* que se te resiste, e, incluso, el párrafo anterior, hasta este punto y seguido. Y, mientras lo vas haciendo, mientras escribes, te surgen numerosas preguntas sobre el sueño, toda una serie de cuestiones cuya respuesta se hace tan acuciante que dejas de escribir.

Te ha afectado el sueño. Ahora dudas de todo. Miras el reloj para constatar que el tiempo transcurre con normalidad. Te miras al espejo para comprobar que en tu rostro no sucede nada extraño. Tranquilo; sólo fue un sueño, un sueño largo. El tiempo pasa; tu rostro está bien.

Pero al intentar dejar de mirar el espejo, tu mirada se resiste, y tus ojos parecen quiere ver más allá de la superficie especular, hacia el interior de tu reflejo. Y, en este momento, piensas en el ser afortunado que nunca había sentido dolor. Piensas en cómo titular la historia, si se trata de un ser afortunado o, por el contrario, desgraciado.

¿Qué serías tú?

Te paras a pensar en qué serías tú. Es una reflexión que no debieras haber hecho, porque te miras hacia dentro y sientes tu cuerpo lleno de dolor. Examinas tus sentimientos y no tienes que bucear mucho para hallar toneladas de odio y rabia, de envidia, resentimiento, remordimiento, sufrimiento y tormento. Te invade en este momento la nostalgia de aquellos ojos que nunca volviste a ver, de la voz cuya vibración dejó de sonar en tus oídos y jamás se renovará. Sientes que todo aquello se ha extraviado: los ojos, la voz y también tú; tú mirando a los ojos; tú escuchando la voz. Fragmentos y fragmentos de ti perdidos en los otros.

Te miras al espejo y, aguantándote la mirada, vuelves a sentir el dolor que sentiste durante el sueño, un tremendo dolor que se apodera de ti bajo la forma de una vibración intensa y recorre todos los nervios de tu cuerpo hasta concentrarse en la nuca. Es algo muy extraño; ésa misma vibración en la que todos los puntos de tu piel se desestabilizan y tus sentidos se perturban la has sentido ya, en otra ocasión. *Unheimlich*. Realmente siniestro. Es la misma sensación que produjo en ti la grabación de 1957 que Glenn Gould hizo de las variaciones Goldberg, aquella que escucha Thomas Bernhard en el sillón del malogrado, la que, precisamente, hizo malograrse al malogrado. En verdad, la frontera entre el dolor y la belleza es en extremo estrecha y difusa.

El dolor te impide seguir escribiendo. Piensas en el personaje de tu sueño largo. Sientes compasión por él. Lloras por él. Debe ser terrible que el cielo explote dentro de ti, despertar de una ilusión, y seguir sufriendo para siempre.

Recuerdas ahora que, en el sueño, el ser afortunado quedaba con un cuchillo cerca del corazón, y, en ese momento, sentía un pánico inmenso y, para paliarlo, volvía a contarse su historia, una y otra vez, mientras el miedo se iba incrementando. No sabes realmente qué hacer con su historia, cómo finalizarla, qué hacer con la mano que sostiene el cuchillo, si acercarla o alejarla.

Buscas sobre la mesa una solución. Coges el libro que tienes más cercano, *El malogrado*, de Thomas Bernhard. El malogrado, Wertheimer se suicida; acaba sus días colgado de un árbol, frente a la casa de su hermana. ¿Es el suicidio acaso una salida? Entonces recurres a Cioran, a tu amado Cioran. Abres al azar *El ocaso del pensamiento*. Y, en la página 131, lees: «El acto del suicidio es terriblemente grande. Pero aun parece más agobiante suicidarse cada día...».

Quieres apiadarte del ser afortunado. Piensas en él; lloras por su dolor.

Y dejas que el cuchillo atraviese su corazón.

Y lo escribes, para que todos lo lean.